y toreros cuyas imágenes figuraban en los envoltorios, dada su gran afición a los toros:

A la salida de Asturias,
a la entrada en la montaña,
fabrico yo mis caramelos
para venderlos en España.
Si los quieres de menta,
yo los traigo de limón.
Los tengo de Gaona, Belmonte, Vicente Pastor.

Lo mejor que se puede decir de las poco más de sesenta páginas de *Pasión y muerte de Gabriel Macandé* es que no sobra ni un solo renglón. Su autor ha recogido aquí con absoluto rigor científico —y dando de lado a la manifiesta tentación de novelar con tan sustancioso personaje— no menos de tres años de rastrear datos, hablar con los que le conocieron o tuvieron referencia de él y recorrerse paso a paso casi todos los lugares por donde vivio o estuvo Macandé. Junto a cualquier afirmación sobre el caramelero se cita la fuente de donde procede, sin que en ningún momento guíe a Eugenio Cobo otra intención que la de acercarse lo más posible a la realidad de lo que fue la vida de este paria que un Jueves Santo lo sacaron del manicomio para que cantara a un paso, y tras hacerlo durante media hora «terminó abrazándose al Cristo, diciendo: pero ¿tú vas a decir que los hombres te hemos hecho sufrir tanto?».—*ANTONIO VILLAREJO.*

ULISES, TRADUCIDO

Al *Ulises* de Joyce le pasa como a nuestro *Quijote* y, en definitiva, a cualquier obra de arte que, por una razón u otra, adquiera el *status* de clásico. Quiero decir que la escritura toma el aspecto más bien de referencia, de punto de apoyo en el que basar nuestras consideraciones tanto éticas como estéticas, sin que nadie, o muy pocos, se tomen la molestia de acudir al texto. Lectura que serviría, en más de un caso, para deshacer tópicos y lugares comunes y que nos dará la posibilidad de recuperar un título que, por unas motivaciones u otras, se ha sacralizado, llegando al nivel en el que todos nos atrevemos a escribir, a pontificar, sobre algo que apenas conocemos y que incluso admitimos no necesita de mayores conocimientos. Así se forma nuestra «cultura», y con ese descaro y desparpajo, más frecuen-

te de lo que pueda parecer a primera vista, nos movemos sin pudor y con delectación por lo que denominamos como expresión civilizada. De estas insuficiencias se resiente todo el mundo, pero como de lo que se trata es de estar a la última, y nadie se toma el trabajo de ofrecer una reflexión sosegada y tranquila sobre aspectos que debemos considerar elementales para el normal desenvolvimiento de nuestra actividad, pues así van saliendo las cosas. Como Dios nos da a entender. Claro es que este asunto nos llevaría muy lejos, tanto como a pensar sobre quién o quiénes se preocupan sobre asuntos de cultura en nuestro país. Tema éste que desborda las posibilidades de este trabajo, cuyos límites son bien expresivos desde el título. Pero creo que la referencia no es vana ni inútil; en todo caso servirá de advertencia para los que se aproximan con estos presupuestos a nuestra crítica —y no otra cosa es la literatura— y sorprendan con divagaciones más o menos brillantes, pero que nada significan y a ningún sitio conducen de no ser a la confusión, al aburrimiento y al hastío. Que nadie controla a nadie y todo vale, y las palabras van cayendo en el vacío, o vaya usted a saber dónde, sin que nos atrevamos a protestar ante tanta estupidez y desconsideración como nos inunda. Yo pienso que un mínimo respeto al lector y a la propia dignidad nos haría tener más en cuenta todas estas consideraciones. Leer atentamente el texto que comentemos, tomar notas sobre esa lectura y ofrecer sin prisas las sugerencias que tal obra nos ha deparado. La necesidad de crear un código comunicativo en el que la honestidad fuera elemento básico de su constitución. Otro asunto será el de la metodología a que se acoja. Eso, en este caso, es completamente secundario. Sería tema a discutir posteriormente si convenía una u otra. Si era válida o no. Si perjudicaba la obra criticada. Sea como sea, el hecho cierto es que todo esto se da por descontado y la mediocridad aumenta cada día.

La reciente traducción del *Ulises*, de Joyce, al castellano (1), no olvida ninguna de estas consideraciones previas que me han permitido encuadrar el trabajo del profesor Valverde. Entiende el poeta castellano que la traducción ha de entenderse, antes que nada, como una aventura cultural en la cual no debemos dejarnos llevar por la hermosura de las palabras ni por la belleza del discurso literario. Sería una tentación que imposibilitaría la tarea. El traductor debe ponerse al servicio del texto traducido, y esta servidumbre le facilitará el cometido en el que la discusión con el pensamiento que debe verter a otra lengua será la clave para la dialéctica necesaria que

(1) James Joyce: *Ulises*. Traducción de José María Valverde. Barcelona, Editorial Lumen, 1976, dos tomos, 577 y 463 pp.

abrirá nuevos cauces para la comprensión. Así, la traducción es una interpretación que, sin dejar de ser fiel, trasciende los límites de la literalidad, ofreciendo la visión personal, que no es negación de lo que se tiene que traducir, sino aportación para su correcta comprensión. Tres elementos, a mi juicio, se conjugan, o se unen, para que podamos dar el calificativo de perfecta a una traducción: *a)* el conocimiento de la lengua que se traduce; *b)* el de la lengua a que se traduce; *c)* el de la materia que se utiliza. Fallando uno de los tres, la traducción nunca puede ser aceptable y hará cierto el adagio italiano de que el que traduce, traiciona el texto del que se ocupa. Traición que será, sobre todo, la infidelidad más miserable, porque yo entiendo que la traducción es, antes que nada, una insuficiencia cultural. A nivel teórico, no debería existir y no debemos olvidar el carácter religioso que como castigo bíblico posee. Aproximarse a la escritura de un autor que es de otra cultura y de otra lengua implica el asedio más riguroso a la inteligencia; la reelaboración de un texto que debemos entenderlo como tal. Nunca como una reliquia o una supervivencia de un pasado más o menos cercano —y de ahí el acierto de Valverde al prescindir de las tan socorridas notas a pie de página, que si bien pueden suponer una erudición, más que nunca nefasta, dificultarían la lectura de la obra—. Ofrecernos un texto como nuevo —y en cierto modo lo es en castellano, aunque ya existiera una versión anterior, pero fundamentalmente en lungardo, lo que restringía su campo de comprensión—, en el que la figura del traductor se diluye en la prosa y apenas se nota su presencia. Esta es la grandeza y la miseria de una labor que debemos entender como espléndida: sacrificar la propia personalidad —mejor dicho, el lucimiento personal— para que resplandezca la profundidad del texto traducido, para que el lector sea consciente de que se encuentra ante una obra de arte, que no solamente no es aburrida ni debe ser considerada como aburrida o soporífera, en la que la literatura castellana —y es mérito del traductor— se acerque a la parodia y al sarcasmo, al continuo juego de palabras que encontramos en el *Ulises,* y adquiera el valor no ya de soporte de la obra de Joyce, sino la reescritura de ella. Porque lo que ocurre en el *Ulises* es apenas significante: la crónica de un día de la vida de Leopoldo Bloom, de su mujer Molly y del joven Stephen Dedalus, en la ciudad de Dublín. Tal acontecimiento mínimo revolucionó los planteamientos literarios en el momento de su aparición. Miento, lo que rompió con todo un esquema mental, y por lo tanto humano y culto, fue el descubrimiento de una nueva dimensión de la existencia del hombre sobre la tierra. Una versión simbólica y actualizada de la *Odisea* se ha dicho, y si

bien esa referencia clásica es lícita y acertada, es indudable que el *Ulises* supone para su correcto entendimiento la lectura del *Retrato* del artista adolescente (que tradujo al castellano Dámaso Alonso) y de *Dublineses.* El *Retrato* sería así entendido casi la primera entrega del *Ulises,* la consideración de Stephen Dedalus como artista joven y de Leopoldo Bloom como artista más maduro, nos dará una visión totalizante o absoluta de la obra de Joyce. Como vemos, la anécdota es casi inexistente. Pero Joyce, advierte Valverde, poseía una gran memoria verbal —como correspondía, por otra parte, a un hombre educado en otros procedimientos educativos— y utiliza en su obra todo aquello que se le viene a la mente, desde retazos de óperas, versos sueltos, juegos de palabras, chistes y un largo etcétera. Pero también, lo que es más difícil, sonidos. Lógicamente todo esto supone una dificultad de lectura y de comprensión enorme. Dificultad que se ha acrecentado con el paso del tiempo, mediante el que se ha perdido esa memoria verbal —memoria verbal que podía sonar al lector cercano a ella, pero no necesariamente tenía que ser así. Todo ello incurre e incide en el carácter subversivo que el texto posee, en cuanto que subvierte y desordena lo que habitualmente se había entendido como imprescindible. La linealidad no se mantiene en un discurso que desea romper con esquemas preestablecidos. Pero la parodia se complica y llega a serlo de la propia obra, y lo que se había dicho, escrito, quinientas páginas antes se ofrece nuevamente a la atención del lector. Las palabras, pues, en Joyce están connotadas hasta más allá de lo que pueda permitirse en un lenguaje académico, pues es elemento primordial este carácter lúdico a veces, otras patético, nunca retórico ni ineficaz, de la prosa del *Ulises.* La denotación se ha perdido asumida por el carácter literario, expresivo, que se necesita. No se entiende la obra, ni la traducción, como círculo, y, por lo tanto, cerrazón, sino como obra abierta en la que la presencia del lector completa y amplía la labor del autor. Valverde ante todo este cúmulo de elementos estrictamente literarios, prescinde, como he señalado anteriormente, de las notas, tampoco acude al socorrido «en español en el original». Deja la mayoría de las veces los juegos de palabras en inglés —con una versión literal que pierde su gracia—, procedimiento que si bien puede parecer atrevido en un principio, es indudable que es el más acertado, en cuanto que si bien recurre Valverde a argumentos de autoridad —que en su caso serían innecesarios— para justificar tal medida —la de dejar el juego de palabra en la lengua original— como el de recordarnos que Cortázar y Fuentes nos han acostumbrado a leer estos juegos, o parecidos, a los hispanohablantes en inglés —en lo que en el fondo noto cierta iro-

nía—, es indiscutible que ello iría conectado, quizá sin que el mismo Valverde se dé cuenta, a una realidad bien cierta: la de la presencia de formas y actitudes británicas —aunque quizá conviniera decir estadounidenses— en nuestra vida corriente —y pienso que por ahí debe ir la utilización en Cortázar y Fuentes, más que por esnobismo—. No seré yo quien advierta, y puede haberlos, que tales actitudes «corrompen» el lenguaje, pues quien así piense deberá recordar es una realidad social antes que otra cosa y que de nada o de muy poco sirven normas y gramáticas, sino es para dificultar el normal desenvolvimiento y desarrollo de esa herramienta de trabajo que es la lengua.

La traducción que nos ofrece Valverde del *Ulises* de Joyce debe ocupar un lugar de privilegio en la historia de la cultura contemporánea hispánica, pues es tanto el cuidado que ha puesto en la reelaboración del libro, que más parece obra de orfebre o artesano que otra cosa. No es solamente la explicación minuciosa y detallada del procedimiento seguido, como he venido advirtiendo en este trabajo, sino la consideración en largo y profundo prólogo de la vida del autor, de la significación del texto, del estudio de la sociedad en que se desenvuelve la obra. Solamente por este motivo, esta espléndida introducción al mundo de Joyce, la obra debe ser leída, porque es obra tanto de Joyce como de Valverde, aunque pueda parecer un poco exagerada la afirmación. Ya el nombre y la valía del profesor Valverde eran garantías de éxito para este empeño no solamente loable, sino imprescindible, pues casi daba vergüenza que a estas alturas de los tiempos no hubiera una traducción castellana accesible de un monumento de la literatura universal como es la obra de que nos ocupamos hoy. Si el *Ulises* certifica, quizá sea su mayor consideración, que el hombre no puede considerarse como tal mientras que no adquiera conciencia de la palabra, de que es el ser que habla, la traducción de Valverde nos ofrece limpiamente, sincera y honestamente la certeza de la importancia de esa obra de cultura. El efecto más importante de la lectura del *Ulises* puede ser el que nos demos cuenta de que el pensamiento humano no es otra cosa que un lento fluir de palabras, la adquisición de una autoconciencia lingüística que nos conectará con la palabra poética, quizá la más duradera de todas cuantas podamos encontrar en la actividad humana. El trabajo de Valverde se encamina por esta trayectoria y *Ulises* se nos presentará como un monumento de humor y de risa, de distanciamiento frente a la narración y de ironía. De literatura, en suma.—*JOSE MARIA BERNALDEZ BERNALDEZ (Fernando Delgado, 6, 7.º-D, MADRID-11).*